

F. VAN IMSCHOOT, *Teología del Antiguo Testamento*. Madrid, Fax, 1969, 842 pp.

E. JACOB, *Teología del Antiguo Testamento*, Madrid, Marova, 1969, 322 pp.

En año 1969 ha puesto en manos del lector de habla castellana dos Teologías del AT. Sus autores las publicaron originamente en francés, y con idéntico título. Con ello se contribuye a remediar en parte esa cierta infecundidad que se observa entre nosotros respecto a la producción de obras de este género. Sean bienvenidas ambas publicaciones. Su retraso —han transcurrido tres lustros desde su primera edición original—, que afecta a su actualidad, no disminuye sin embargo en nada el interés de su contenido ni merma su importancia para la teología bíblica de hoy.

El estudio de van IMSCHOOT, que precede cronológicamente en su primera parte al de JACOB, apareció en dos volúmenes distintos: el primero con el subtítulo *Dieu*, en 1954, y el segundo con el subtítulo *L'homme* en 1956. La traducción castellana reúne en uno solo ambos volúmenes. Cada parte de la obra se divide en capítulos, y éstos en numerosos apartados. Encabeza el volumen un breve prólogo de L. Cerfaux.

Junto a la agradable presentación, se hubiera deseado un cierto mayor esfuerzo, aunque sólo fuera orientador, de puesta al día. El aparato bibliográfico llega sólo hasta 1955, fecha que, por otra parte, sólo aparece esporádicamente. Es encomiable, sin embargo, el *Índice bíblico* de casi 100 páginas añadido al final, y que no figuraba en la edición francesa.

La *Teología del AT* de E. JACOB vió la luz en 1955. Se ha vertido al castellano la versión francesa de 1968. El autor ha añadido un Prólogo, en el que hace constancia de los avances alcanzados por la teología bíblica después de la 1.ª edición del libro. Asimismo, aprovecha la ocasión para apuntar aspectos de temas que han sufrido revisión más amplia y profunda: noción de alianza y su formulación, ideología real y sus prolongaciones mesiánicas, pecado, redención, etc. Ello da ocasión para presentar una bibliografía complementaria que, aunque reducida en número de obras, llega hasta 1967. Por otro lado, en las diversas Indicaciones bibliográficas de cada apartado, y en las notas a pie de página, no se rebasa la fecha de 1955, si bien son frecuentes las referencias a obras aparecidas en ese último lustro.

La obra se divide en tres partes: 1.ª "Los aspectos característicos del Dios del AT"; 2.ª "La acción del Dios del AT"; 3.ª "Oposición y triunfo final de la obra de Dios". Precede una "Introducción", con el subtítulo "Consideraciones históricas y metodológicas", de indudable interés para que el lector se forme una composición de lugar adecuada respecto a los problemas generales de la teología del AT. He aquí los títulos de los tres apartados en que se divide: I. "Bosquejo de la historia de la disciplina"; II. "Lugar de la Teología en el interior de las diferentes ramas de la ciencia del AT"; III. "Lugar de la Teología del AT. en el interior de las otras disciplinas teológicas".

Al cotejar el "Índice general" de ambos libros se observa cómo uno y otro se superponen, es decir, se descubre una misma estructuración interna de cada obra: Dios, el hombre, pecado y redención. Y esto, pese a la multiplicidad prolija de títulos de apartados y a las connotaciones escolásticas del vocabulario de los mismos en van Imschoot.

Ya en particular, en relación con el sistema de transcripción de vocablos hebreos, van Imschoot presenta al principio (p. 17) el que va a seguir, cosa que se echa en falta en el volumen de Jacob. Por otra parte el sistema adoptado en esta segunda traducción puede resultar un tanto llamativo por el extremado afán de simplificación y asimilación a la fonética castellana. El sistema vocálico hebreo, tan peculiarmente matizado, queda reducido al castellano, más simple. Esto presenta inconvenientes. Por ejemplo, la *ch* no puede sugerir al lector corriente el sonido del *heth* hebreo que transcribe, a no ser al final de palabra.

Pienso que puede ser útil la lectura comparativa de las Introducciones de ambas obras, para apreciar los dos puntos de vista distintos bajo los cuales se han construido estas dos teologías del AT. Los esfuerzos de ámbos autores se han plasmado en dos obras fundamentalmente descriptivas: la teología se produce de modo constante de la mano de la historia. De ahí el recurso continuo de nuestros dos autores a la lingüística. Jacob, sin embargo, realiza un intento de síntesis personal, más allá de la mera exposición sistemática del volumen de van Imschoot. A mi juicio, uno y otro estudio se mueven en una línea casi exclusivamente "intelectualizante", tendencia quizás general en todos los trabajos de teología bíblica. En ambas teologías, se habla, necesariamente, de "revelación", de una revelación por la historia. Ahora bien, bajo el término "revelación" yace un concepto de la misma que se me aparece como un pre-juicio, un juicio previo, por el cual la revelación dice relación al conocimiento y a la inteligencia del hombre. Nada habría en ello de objetable por tratarse de una noción primera, con función de hipótesis de trabajo, que hay que revisar constantemente. Sin embargo, me ha parecido ver en ese concepto de revelación un matiz excluyente, que me ha hecho llamarle pre-juicio. En esa línea, uno se pregunta si la Revelación como tal —si acaso no podemos respondernos a la cuestión sobre qué es en sí misma, si nos es lícito preguntarnos en qué consiste—, no debiera constituir el fin y término de toda teología bíblica, y ponerse así de relieve en estos trabajos. Es decir, la evidente autonomía y principalidad del texto de la Sagrada Escritura como palabra de Dios inspirada, frente a cual-

quier teología bíblica, parece requerir de ésta que examine si no pretende de hecho —aunque lo excluya en la intención— suplantarse la lectura inmediata del texto sagrado, si no rebasa el campo de su propia función introductoria, de llevar de la mano al lector al contacto personal con esa “fuente” escrita de la revelación. Pienso que el relieve que cobra el aspecto “manifestativo” de la revelación puede redundar en detrimento de la consideración del otro aspecto substancial de la misma, que puede dejarse en olvido: la revelación como comunicación de bienes divinos. En este sentido hemos hablado de una línea “intelectualizante” y de la posible conveniencia de subrayar cómo un estudio de teología bíblica tiende de manera continua y constante a revisar aquella noción previa, por otra parte imprescindible, sobre revelación, y a llevar al lector de la mano a beber directamente de la “fuente”.

MIGUEL GALLART

MARSHALL D. JOHNSON, *The Purpose of the Biblical Genealogies. With special reference to the setting of the genealogies of Jesus*. Cambridge, University Press, 1969, 310 pp.

Al leer la Biblia, sorprenden las abundantes listas genealógicas del Antiguo Testamento y, quizás también, las de Mateo y Lucas sobre los antepasados de Jesús en el Nuevo Testamento. Tal vez el lector las ha pasado por alto porque, a primera vista, pueden parecer inútiles, atendiendo a San Pablo: “...que se dejen de genealogías sin fin, que sirven más para buscar razones que para favorecer el plan salvífico de Dios basado en la fe” (1 Tim 1, 4). Sin embargo, los eruditos han ocupado mucho tiempo y letra para desentrañar el sentido que han querido dar a esas genealogías los autores sagrados. Porque no las han confeccionado o recogido por mera curiosidad. Detrás de ellas hay un propósito definido y San Pablo habla así por las especulaciones alegóricas-míticas que hacían los judíos sobre las del AT y también porque eran una característica de la gnosis ya desarrollada que apoyaba en ellas sus errores.

A la abundante bibliografía sobre el tema (cfr. en este libro pp. 276-288) hay que añadir este libro de Marshall D. Johnson, cuyas aportaciones y valor intentamos enjuiciar.

Creo que será instructivo comenzar por el cap. 7, último del libro, y ver, en síntesis, las conclusiones a que llega, porque esto nos orientará en el análisis de su trabajo: 1) las geneal. bíblicas están muy ligadas a su contexto y a la parte narrativa en la que están situadas, por el lenguaje, estructura y teología, sobre todo las del Código Sacerdotal, Cronista y Esdras-Nehemías; 2) en el judaísmo tardío encontramos un gran interés por las genealogías; 3) en el NT, las genealogías de Jesús son un ejemplo de la tendencia hacia la “historificación” de motivos tradicionales en la tradición evangélica; lo que quiere decir que no pertenecen a los primeros estratos del evangelio como se demuestra por la relación de los títulos “Hijo de Dios” e “Hijo de David” en Rom